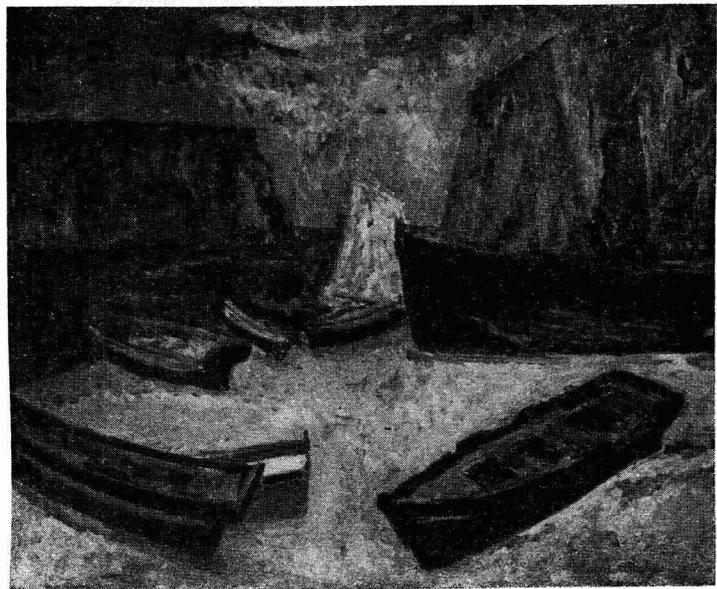


*Dos mujeres en el mercado.*

## El pintor español Arturo Souto y lo vernáculo



*Barcas en la playa.*

**Y**O no creo en razas ni en nacionalidades cuando veo muestras de un arte hecho con toda el alma, con todo el cuerpo. Ciertamente existen estratos —a veces poco perceptibles a la primera ojeada— compuestos, en los individuos, de siglos de conducta común, de abandono voluntario o impuesto por la circunstancia histórica, a proclividades y simpatías que, en cierto momento, dan la clave de un pueblo. Hay asimismo el factor geográfico, climático, que es estimulante de muchas costumbres, que conforma temperamentos y contribuye —¡qué duda cabe!— a imponer conductas y aficiones, a transmitir de padres a hijos consejas y máximas. Aceptamos como definitivas las diferencias que surgen de esos fenómenos, y les hemos dado categorías genéricas, sin considerar que en todo cuanto a la vida del hombre se refiere, es imprescindible no perder de vista el acento individual, es decir, lo casístico, para poder explicarse bien cada caso.

Arturo Souto está comprendido, claro está, dentro de esa fenomenología, cuando de aquilatar su arte como pintor se trate. Que es español es cosa que a nadie se le ocurriría negar. En cuanto individuo de esa gran comunidad española que ha conformado mucho de nuestro acervo vital, tiene características propias de su país de nacimiento. Entresacando de lo que nos muestra en su obra pictórica, sin embargo, no sería exclusivamente lo hispano lo que saltaría a la vista como módulo específico de la misma, sino una ampliación del concepto, mucho más amplia, mucho más cercana a "lo universal". Es decir, que el temperamento que se adivina, o mejor dicho, que está patente en su pintura, es el de un mediterráneo.

Souto nace en una ciudad de Galicia hará aproximadamente medio siglo que —entre paréntesis— es la edad en que se comienza a ver el mundo con cierta claridad, pero no nos importa mucho, sino adoptando una postura sentimental y tornando a nuestra simplista manera de situar los hontanares de donde provengan grados de sentimiento y de inteligencia, que haya sido esa cuna la célebre Santiago de Compostela, Logroño, Lugo, La Coruña. No se trata en este breve estudio, de una rigurosidad historicista. La biografía de Souto está en sus cuadros, en sus dibujos, en su trato actual con el mundo y con sus semejantes. Eso basta. Pero, precisamente, ese bastar ¿qué significa? Pues nada menos que la conformación de lo que antes se me ha ocurrido decir: que él, a mi modo de ver y sentir; es la personificación de un tipo, no ya estrictamente comarcano —es decir, de una región geográfica o etnológica—, sino de una actitud heredada de lo grecolatino, principalmente, pero que hoy en día va alcanzando mayor radio de circunscripción: lo humano. Entendiendo por tal, no lo que procede del hombre —que aún suele convertirse en fiera, de vez en cuando— sino la sublimación consciente de sus cualidades físicas y mentales. La "humanidad" de Souto es lo que cuenta, y declarar esto es muy importante, pues no abundan los que logren reunir en sí,

# A R T E S

---

# PLASTICAS

Por Jorge J. CRESPO DE LA SERNA

rasgos peculiares a su origen, con otros adquiridos por simpatía; por el camino del amor, en regiones y en modos de interpretación artística, en una palabra, en estéticas, en que su propio temperamento individual, ha encontrado terreno propicio a sus expresiones, a sus creaciones.

Para haber hallado esto, que sería el desiderátum de todo artista sin confinamientos artificiosos, ha sido necesario —justamente— salirse del campanario. Muchos logran ésto a fuerza de meditación y ascetismo. Depende del carácter y orientación de cada uno. Souto no podría jamás haber alcanzado lo que va alcanzando sino, como otro San Pablo, por los caminos del mundo, cayendo del caballo veloz que le llevaba a una solución violenta y errónea, para ser alumbrado por un rayo que le mostrara horizontes más amplios.

Ha viajado mucho. La visión alucinante que el puerto de La Coruña, le haya brindado a su adolescencia, se ha repetido y exaltado en Barcelona, en El Havre, en Marsella "la griega", en toda la Costa Azul, en Génova, en el Adriático, en Venecia, acaso en el norte de Africa, y tal vez en las islas de la antigua Hércules. Lo que sus ojos y su mente recogieron entonces, frente al mar y en la vida de los puertos, lo va quitando más tarde en sus visitas a los museos de toda Europa, en sus largas estancias en Roma, Florencia, Siena, París, Madrid, Bruselas, Munich, Lisboa, etc.

Cuando regresa al terruño trae ya consigo la riqueza que le ha brindado el mundo. Pero en él ha acontecido ese fenómeno tan curioso que se presenta en todos cuando han salido de la patria y la han contemplado desde una perspectiva lejana, física y moralmente. Ahora sabe apreciar mejor "lo español". Ahora distingue las virtudes netamente adscribibles a sus paisanos, de las que son, en realidad, patrimonio común, humano. Ahora ve los defectos agigantados. Ahora es más consciente de su destino, y por supuesto, del de España, en función de su pasado, en función de su presente.

Vienen los años de la guerra, de esa guerra impuesta cruelmente por la confabulación odiosa de fuerzas que maniatan el libre pensamiento y la libre acción de un pueblo intensamente comprensivo de lo verdaderamente esencial de la vida: lo sencillo, lo auténtico, lo justo. El pueblo español es un pueblo de grandes pasiones —buenas y malas— pero bien intencionadas casi siempre. Sus errores y sus calamidades se le han suscitado por eso, por su pasión, nunca por cálculo, ni aun en las empresas más antihumanas de su historia. Y esa pasión, ese fuego con que el español de todas las épocas, tiñe su menor acto, es lo que en Souto se descubre, aun después de su contacto íntimo con otras modalidades de esa misma pasión humana, y del concepto desaprensivo y alegre de la existencia, que él ha visto en sus excursiones, por otros predios.

Ahora ha sufrido, individual y colectivamente, como todos sus compatriotas. Ese trasfondo ardiente se ha visto probado, se ha visto sujeto a contingencias desquiciantes. Pero ha sobrevivido. Está incolume, casi. Está vivo. Sobre él, el mediterráneo o mediterraneanista pintor, vuelca la faltriquera de los recuerdos, una vez arribado a ese oasis que México ha ofrecido a las víctimas de la infame conflagración española. En estas playas, donde se habla el español y las costumbres son una modalidad de lo español, los pintores que de allá han venido — Arteta (muerto aquí), Climent, Rodríguez Luna, Prieto, Germán Horacio, Ramón Gaya y otros, sin excluir a Souto, sienten por años la influencia de una situación violenta, que les ha dejado en el espíritu, heridas que sangrarán aún por muchos años. Sus cuadros estarán impregnados de la tragedia. Sus módulos artísticos, su técnica, su estética, estarán siempre visiblemente entroncadas con la morfología patética, terriblemente dolorosa y triste, de un arte en que "lo negro" de Goya y de Valdés Leal y Gutiérrez Solana —negro en cuanto a armonías cromáticas preferidas y en cuanto a actitud de espíritu, acaso alimentada por el propio tema— satura en violentos contrastes de claroscuro todos los objetos, y el ambiente en que están representados.

Esta actitud de "ausencia", ha de persistir por algún tiempo, en unos más que en otros, de acuerdo con cada temperamento. En Souto, casi desde el primer momento —su exposición en una fugaz galería del Paseo de la Reforma, tras de haber enviado algo a aquélla que se celebró en la entonces llamada Casa de España (colectiva)— vemos entreveradas con escenas o visiones de la tragedia española, motivos alegres de puertos mediterráneos, temas de café, de marineros, de mujeres desprecupadas, algunos bodegones y motivos de ambiente urbano, y no pocos retratos, en los que una incontenida verba de colorido, derramada a manos llenas, nos da, desde entonces la clave de lo que siente un pintor como él.

Estamos frente a un pintor que, no obstante la filiación temperamental que le queremos atribuir, y que en mucha parte la confirman

sus obras, parece haber optado de un modo intuitivo, no por lo clásico, en el sentido de serenidad, delineamiento absoluto de formas, contención "pensada" de la atmósfera; de los tonos en general, dentro de una mesura que los suavice y aglutine. No. No ha optado por eso. Ha optado por la acción, por el desbordamiento de ímpetus e intenciones, en una palabra, por eso que constituye una especie de conducta de la libertad: lo que se ha llamado barroquismo, y en cierto sentido, hoy en día, expresionismo. Un expresionismo que —me atrevo a afirmar— conjuga una pasión española con otra pasión, acaso más moderna y un poco más equilibrada, la francesa.

Esta paganidad de motivos y de su concreción en términos pictóricos va llevando a Souto, gradualmente, a una como cura de meditaciones y añoranzas. Sin dejar nunca su carácter personal en el pintar, en que se traslucen simpatías y coincidencias, sobre todo con los "Nabis" y los "Fauves", especialmente con Derain, Vuillard, Bonnard, y hasta con Van Dongen, sin olvidar al simbolista Gauguin, a ratos, Souto comienza, a poco, a transmutar en color, la luz de México. Estos primeros intentos —muy visibles ya en 1950— se reflejan principalmente en algunas "composiciones" de acento decididamente decorativo, y en naturalezas muertas, en las que hay ya frutos completamente americanos.

Esta nueva gama cromática no es nunca impresionista. Es más bien subjetiva, pero transubstanciada por un temperamento extravertido, jovial, sensual, que va restañándose a sí mismo toda herida, y que aun contemplando con rabia y coraje los acontecimientos ulteriores y la impotencia para conjurarlos, puede ya contemplar con ojos más atentos y más serenos, el ámbito que le rodea. Esta nueva gama es de colores vivos, metálicos en sus reflejos, húmeda de fértil humedad, brillante. Presta ahora a la luminosidad del color mayor preponderancia y significado por sí mismo. La luz del altiplano y del trópico mexicanos comienza a entrase decidida en sus hermosas telas. No la luz espectral sino la luz emocional producida por ella.

En la nueva aparición que, para inaugurar un nuevo local suyo en la calle del Havre —curiosa coincidencia del destino de un enamorado de ese puerto— hace ahora Souto, estos comentarios cobran mayor valor, porque la temática tipológica mexicana ha invadido ya casi de modo absoluto, su pintura. Volvemos a contemplar esos grandes paneles decorativos que él llama simplemente "composiciones", pero además, escenas y figuras y bodegones, que son otras tantas "variaciones" de un concierto en que las voces locales hacen oír sus timbres frescos, eufóricos, sencillos. En las "composiciones" que presenta hay una deliberada intención de eso —composición—, es decir, reconstrucción de lo real, a través de un temperamento y a través de un pensamiento ordenador. Están empapadas de movimiento rítmico y de una interacción recíproca entre las figuras humanas, los animales, y el ambiente, inconfundiblemente nuestro. Dan la idea de fiestas o romerías. Pero, no de éste o aquél lugar fácilmente discernible por su connotación meramente documental o pintoresca. Sino más bien por la expresión del carácter, la tipología estilizada y la luminosidad, transmitida por medio del color, vibrante siempre, recio en su pureza casi prístina. En una de estas composiciones hay una línea sinuosa ascendente que termina en una iglesia, situada en lo alto de un collado; en la otra, es un gran grupo de gente del pueblo la que forma el meollo de la historia que se narra, en la esplendidez del aire libre, por supuesto.

No parece concebir Souto lo mexicano encerrado entre cuatro paredes. Y quizá tenga razón. Porque las cuatro paredes como que gradualmente van convirtiéndose las más puras esencias en un producto estándar. Mientras que al abierto, el verdadero sentir del pueblo encuentra más propicio el realizarse. Y, como es natural, las escenas de los otros cuadros, también han escogido al pueblo para manifestarse, por medio de su paleta y de su mente. En lo cual me parece muy acertado el pintor, porque lo más genuino no ha de irse a buscar en donde influencias inevitables han transformado ya nuestras más auténticas esencias.

Claro que en un conjunto de cerca de cuarenta y cinco obras, entre óleos, temple, acuarelas y dibujos, no todo es acierto; por lo menos, no todo es de la misma calidad óptima. En el cuadro que tiene como motivo una tehuana, por ejemplo, se advierte, desde luego, que los rasgos somáticos no corresponden al tipo, ni tampoco la vestimenta. A veces lo apresurado, tal vez, de la realización, o lo incompleto del traslado plástico de la idea motriz real, no dan idea de reciedumbre o espontaneidad. Me parece que el pintor se deja llevar, acaso demasiado, de su memoria visual, de sus percepciones fugaces. No será suficiente, enton-

ces, la interpretación personal, y esa estilización de la figura, a lo largo de un módulo suyo, que las aleje de lo interpretado. Hay en esta exposición, que ha dado pábulo a mis comentarios en torno a su arte, un desnudo de "india", que no da esa impresión, sino que puede ser la evocación de cualquier tipo de mujer, un poco exótica de rasgos y nada más.

Eso es un ejemplo. La "Mujer con rebozo negro", no obstante su belleza de actitud y de factura, puede ser de "cualquiera parte", no precisamente de México. Y así, otros casos. En cambio yo señalaría como admirables interpretaciones de "lo mexicano", con el punto de vista de Souto, claro está, además de las "composiciones" ya examinadas, "Desnudo en fondo rojo", delicioso; "Mujeres en la ventana", que me recordó las impresiones fotográficas de Cartier-Bresson; "Desnudo con fondo rojo", "Desnudo con fondo verde", de una sobria belleza; "Dos mujeres en el mercado", la estupenda "Mujer con rebozo morado", en cuclillas, como un ídolo; "Muchacha con rebozo rojo", de gran encanto; "Mujeres y frutas", "Barcas en la playa", y como muestra de retratística, el fino retrato de la sobrina del pintor: señorita M. L. Alberú.

Hay también otro cuadro de unas mujeres y una niña durmiendo en el campo que es una maravilla en composición y en espíritu. También una escena que recuerda análoga creación de Diego Rivera, pero únicamente en lo que se refiere al tema: un grupo de gente del pueblo, acaso campesinos, que descansan o duermen en un alto, bajo los árboles. Es un cuadro bien sentido. Souto no ha incurrido en lo que algunos otros pintores de fuera han incurrido: copiar o imitar a los artistas mexicanos, como arbitrio para pintar "lo mexicano". Cuando ha venido a México estaba, por decir así, formado en una técnica y en una estética definida, y hasta cierto punto universal. Con ese lenguaje le ha parecido que podía interpretar su visión de México, y creo que ha tenido razón, y que justamente por ello su obra actual con lo que viene gestándose en él, hace unos cuantos años, representa una actitud honrada y mejor sentida, digna de ser proclamada como una aportación importante a lo que aquí se ha ido produciendo.

En enero de 1950 escribía yo estas palabras: "Otra cosa que me parece en él muy sentida —bien sentida, claro está— es ese sello esotérico, que tiene su interpretación de lo mexicano; un sello como oriental, casi asiático, con lo que Souto demuestra que no siente a México superficialmente, sino muy adentro, puesto que le ha descubierto esas analogías que no se entregan al primero que pase".

Esto sigue impreso en sus recientes pinturas. No sé cómo —es algo irrefrenable— pero, por ejemplo, en sus paneles decorativos sobre todo, piensa uno en pinturas persas, en pinturas bizantinas. La disposición ascendente de los términos, la yuxtaposición de tonos colorísticos, el ritmo movido y muy sinuoso de formas y de valores cromáticos, les dan carácter de tapices, de indiscutible sabor oriental. Y lo mismo ha de decirse de algunos otros cuadros en los que están aglutinados figuras y ambiente en una sinfonía orgiástica de color y luminosidad.

Souto es, además de colorista, un magnífico intérprete de la forma en sí, es decir, como vehículo de momentos vitales. Pero no es su dibujo purista y riguroso, sino más bien obedece a un sentido de acciones y reacciones, o sea que es la aplicación decidida del pigmento, en sabrosa textura, lo que va dando cuerpo a sus invenciones. Nunca acude a deformación desorbitada o "feísta". A veces sus figuras adquieren un elongamiento voluntario, sobre todo en los retratos. Entonces pudiera afirmarse que lo que es sin duda delectación placentera en él, por la índole del modelo o idea plástica representada, se atempera por esta libertad mínima, que espiritualiza y "embellece" hasta lo más anodino, a veces. La exageración, ocurrida de cuando en cuando, de esta propensión a "embellecer" pudiera llevar a Souto a una especie de academismo preciosista. Pero ahí están aquellas escenas, llenas de violenta actitud vital, llenas de jocosidad, abierta, generosa. Ahí están esos motivos de calles, donde logra mosaicos de vibrante colorido, en pintar fachadas y objetos, con una verdadera alegría sensual.

Incansable trabajador, optimista, confiado en sus fuerzas, buen artesano del oficio, como persona su jovialidad contagia, y no es posible, por ende, separar al hombre a secas, del artista cuya obra he examinado a grandes rasgos. El uno corresponde al otro, lo cual es indicio de fidelidad a sí mismo. Las virtudes y fallas del individuo son las mismas del ente que crea. Y, cuando existe esta correspondencia tan clara y nítida, cabe seguir esperando sorpresas cada vez más rotundas y definitivas...

## INFORMACION Y COMENTARIOS

ENTRE los artistas que empiezan a descollar con luz propia en los últimos años, Luis Nishizawa debe ser señalado como uno de los mejores. Si bien en un principio se advertía en él —en sus pinturas— una huella aún demasiado cruda de influencias ajenas, y un convencionalismo tal vez no convincente, en la distribución del color, no cabe duda que se presentaba armado de un bagaje técnico y conceptual, de primer orden. Acaso sus mejores aciertos, por la índole misma del tema, fueran sus paisajes. En grandes planos, economizando detalles con buen juicio estético, empapándolos de una atmósfera táctil y al mismo tiempo imponderable, de callada y severa poesía... En su exposición de estas semanas, en la Galería de la Plástica Mexicana —Puebla 154— se advierte cómo va superando lo que aún le faltaba. Fuera de ciertas acritudes de color en sus "Estampas juchitecas", por lo demás estupendamente construidas, ha perfeccionado sin duda alguna su interpretación del paisa-



Carlos Mérida, *El ciervo y el ángel*.

je, con mucha mayor finura que un Atl —indudablemente— y con notable analogía a la paisajística de



Gloria Iriss Ayala, *Niña en azul*.

Orozco Romero. Es un realista nada académico. Ha sabido conjugar con excelente acierto las vo-

ces ancestrales del país de su familia paterna, con las del de su madre. Y, cosa curiosa, tanto en el paisaje, como en la nobleza de sus retratos, y en sus sencillísimos bodegones —fronteros casi de un abstraccionismo simbólico, si se quiere— lo asiático se muestra claramente a quien quiera verlo.

\* Después de las vicisitudes mil que se abatieron sobre ella, reaparece la sensible y noble pintora María Izquierdo, mostrándonos telas al óleo y al temple —que siempre ha manejado tan cumplidamente— en la sala de exposiciones y conferencias de la Casa del Arquitecto —Av. Veracruz 24— en donde se han venido celebrando otras, a cual más interesantes en los últimos meses. El esfuerzo de María, imposibilitada por larga y penosa enfermedad para manejar con soltura habitual su izquierda, es admirable, y recuerda que los que en realidad han sido pintores, como Duffy, como Matisse, como nuestro gran Orozco, no se han detenido nunca ante tamaños obstáculos. Los han superado. En esta breve expo-